

blamos tanto los escritores— fuese una realidad concreta y tangible, entonces yo me dirigiría a él y le diría:// —¿Qué artículo de San Sebastián quiere usted que yo le haga? ¿El de la lluvia? ¿El del jugador? ¿El de las pulgas? ¿El de la Concha? ¿El del objeto perdido? ¿El de la misteriosa extranjera?... (RV, 77).

y desde luego la esclerosis de un género que tenía en las «crónicas estivales»<sup>5</sup> una de sus facetas más cultivadas (es decir, previsibles y reiterativas).

Camba revisa, a la baja, las distintas facetas que atañen al viaje y su narración. Así, por ejemplo, el componente didáctico o formativo que tal experiencia tiene: «No hay nada tan instructivo como los viajes», afirma en «El tren internacional» —artículo que inaugura la cuarta parte, que transcurre en Lusitania, de *Aventuras de un poeta*—, para acto seguido concretar la naturaleza de ese aprendizaje, más deudor de la prosa de la vida que de las emociones sublimes:

Así, por ejemplo, si el lector no ha hecho nunca el recorrido que yo hice, creerá que la distancia existente entre Valencia de Alcántara y Marvao es la misma que existe entre Marvao y Valencia de Alcántara. Sin embargo, mientras para ir a Valencia de Alcántara desde Marvao basta pagar unos seis reales, para ir a Marvao desde Valencia de Alcántara es preciso pagar siete pesetas. ¿Por qué?

Lo mismo respecto al componente aventurero que solía acompañar la experiencia del viaje:

«Está demostrado que no ocurren aventuras ningunas en los viajes. Antes, no es que ocurriesen, pero no estaba demostrado que no ocurrieran, y el viajero podía inventar una aventura extraordinaria para sus amigos o para su público, con grandes posibilidades de éxito» (P, 118). Y es que si hay un tema omnipresente en los libros de Julio Camba éste es la crítica —de distinto sesgo o matriz: humorística, irónica, satírica— del viaje circular programado por la Agencia Cook y protagonizado por turistas en serie que miran desde el interlineado del Baedeker<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> Aunque Camba las cultivó en los primeros tiempos como se muestra en las crónicas gallegas de 1908 y 1909, agrupadas en una serie titulada «Veraneo Extemporáneo», a la que seguirá «Veraneo sin veraneo», centrada en Madrid, y luego las que narran el viaje a Málaga de agosto de 1908, durante una expedición periodística que duró un par de semanas y que «se parece mucho a los viajes de la agencia Cook, parecido que honra por igual a la agencia Cook y al Ayuntamiento malagueño», matiza burlón, pues la excelencia de tal modo de viajar consistía en: «Comemos juntos, en una misma mesa y a una misma hora, paseamos juntos y dormimos por grupos de dos y tres» (PE, 133).

<sup>6</sup> A lo citado a propósito del viaje a Málaga, cabe añadir el lapidario comentario que le inspiran en Nápoles, cuando el viajero iba camino de Constantinopla: «¡Esos ingleses de la Agencia Cook's que pasean su melancolía por todas partes, desacreditando a Inglaterra tanto

Gentes que «creen que si Dios ha hecho el mundo, con sus montañas y sus lagos y sus ríos y sus bosques, y si el hombre lo ha cubierto de obras de arte, ha sido únicamente para que ellos puedan verlo entero en un viaje circular de dos meses por un puñado de libras esterlinas...» (AP, 73–74). Gentes que en las basílicas y catedrales constituyen un público sucedáneo de los antiguos fieles o peregrinos<sup>7</sup> y que en los museos, del arte pictórico sólo captan los elementos decorativo–ornamentales. El artículo «Al alcance de todos» es otro gran acierto en esa incesante disección tan lúcida como corrosiva del comportamiento o conducta social que una y otra vez lleva a cabo un humorista que hoy sería calificado de políticamente incorrecto. La cita es algo extensa porque quiero que se aprecie la habilidad del autor para proyectar las consecuencias de la vulgarización del viaje, capaz de abaratar y degradar la religión o el arte:

Cada día, millares de personas visitan en Munich la vieja y la nueva Pinacoteca, la Glyptothek y otras tres o cuatro colecciones artísticas. Luego, en las mesas redondas, ante una comida abominable, estas personas de procedencia completamente heterogénea comienzan a cambiar impresiones. Una inglesa elogia un cuadro que representa a un hombre vestido de frac, deteniendo un automóvil para una señora muy elegante; otra se ha fijado en un interior, y dice que las cortinas de la ventana parecían verdaderas. Una vieja de Cincinnati o de San Francisco se ha fijado especialmente en un estudio de naturaleza muerta, donde había unos melocotones que daban ganas de comérselos. Otra señora, tal vez una austriaca, elogia un cuadro con niños jugando sobre la arena (...). Dos o tres días después estos millares de personas se van. Unas visitan otros museos en otras ciudades; otras regresan a sus pueblos y cuentan lo que han visto. Y poco a poco, gracias al turismo, el arte va convirtiéndose en una cosa así como las enaguas o los sombreros de mujer. [...] La mayoría de estas viejas que hablan de cuadros se han formado su concepto de la belleza com-

*como a la melancolía misma» (PE, 141). Realmente antológica y redonda es la escena caricaturesca que transcurre en Roma: «—¡Aquí tiene usted la Roca Tarpeya! —me dijo mi cicerone.// ¿Quién, en mi lugar, no se emocionaría un poco? Yo sentí que la emoción iba apoderándose de mí; pero había una cosa que me irritaba profundamente: no me acordaba de lo que era la Roca Tarpeya. A mi lado estaba una inglesa que tampoco debía de acordarse, o que, probablemente, no lo había sabido nunca; pero este pequeño detalle la tenía sin cuidado. El Baedeker le ha puesto a la Roca Tarpeya un asterisco, que es el signo con el cual la famosa guía recomienda las rocas históricas y los hoteles confortables, y bajo la garantía de la casa editora, la inglesa abrió una boca muy admirativa, enseñaba unos dientes muy dorados y decía:// —¿Verdaderamente es ésta la Roca Tarpeya?// —Esta misma —afirmaba el cicerone.// —¡Oh! Great! ¡Very great indeed!... Tenga usted cinco liras. Con el cambio no me suponen arriba de un chelín y medio...» (AP, 83).*

<sup>7</sup> Véase el artículo «Fe y turismo» (AP, 93–94).

prando blusas y plumas, y ni en eso han sabido elegir. Yo no sé por qué en los viajes circulares ha de ser una cosa obligada la visita a los museos ¿Es que al que hace una excursión de siete días por Alemania le obligan a estudiar la filosofía de Cohen? ¿Por qué han de obligarle a ver las pinacotecas de Munich? Que vea los paisajes, que vea los lagos y las montañas; que coma, respire y que se vaya a su pueblo. (A, 110–111).

Para Camba, «el turista es un hombre impermeable» (P, 145), en quien jamás penetra el espíritu de los países que recorre porque, sobre no enterarse de nada debido a la celeridad con que devora cuanto se le presenta a los ojos, «no se mezcla nunca a la vida de los pueblos y ni influye ni se deja influir por ellos. La estupenda serie dedicada a bósquejar una tipología del turista moderno —el inglés, el alemán, el yanki, el francés y el español— de *Playas, Ciudades y Montañas* reúne algunas de las piezas más memorables de este escritor que, sin embargo, confiesa, en «Admiración de la ruina (L, 45–47)» —y en un tono que a pesar de la ironía final no oculta un fondo de curiosidad y sincero interés—, que «uno de los proyectos periodísticos que no podré realizar nunca es el de inscribirme entre un grupo de ingleses para hacer un viaje colectivo por medio de la Agencia *Cook*, un viaje a Egipto, a Grecia, a Italia o a España; es decir, a un sitio donde haya muchas ruinas». Y a continuación, el cronista intercala una animada escena de turistas ingleses admirando las ruinas siguiendo las directrices del jefe de excursión, para continuar el artículo con un autorretrato en que se representa en idéntica situación. El remate de este artículo es uno de los más logrados: «¿Que cómo se pueden admirar los ingleses a plazo fijo? Pues porque son unos hombres metódicos.// El día en que yo pueda me iré como cronista en una excursión de ingleses, y mientras ellos admiran las ruinas yo les admiraré a ellos.» (L, 47).

Ni el arte ni los vestigios del pasado ni la Naturaleza, sublime o pintoresca, (con)mueven a este singular viajero que declara sin ambages que la emoción del viaje sobreviene después, al recordarlo. Así, cuando ante la Acrópolis, y tras repetirse para sí «Esta es la montaña sublime...», comprueba que no experimenta ninguna sensación extraordinaria, saldrá de allí tristísimo: «Y es que cierta clase de emociones, como la emoción artística, la emoción histórica o la emoción del paisaje necesitan una elaboración especial. Sobre todo, y para hablar en lenguaje a la moda, hay que evitar que el subconsciente se sienta demasiado vigilado».

El viajero Julio Camba, si no muestra especiales preferencias por determinados destinos, sí manifiesta en cambio su firme propósito de

huir de otros: los escenarios y espacios literaturizados, símbolos de sensibilidades o escuelas literarias con las que no se identifica. Es cierto que estará en la Roma «falseada» por los pintores, pero ¡qué distintas sus crónicas romanas de los artículos que le inspira la estancia en Nápoles! Y recorrerá en vaporcito el lago Lemán, partiendo de Ginebra. Todo le parecerá precioso, e incluso «ideal», pero...

con el lago Lemán a mí me pasa lo mismo que con la Fornarina. La Fornarina también es preciosa, yo lo reconozco, pero no la frecuento ni la describo. La Fornarina representa una escuela literaria a la cual no pertenezco. (...) El Lago Lemán también representa toda una escuela literaria: esa escuela que tiene por objeto describir los encantos de la Naturaleza [...] Pero cuando un lago se impregna de literatura, como cuando un viejo se pinta las barbas, entonces pierde todo derecho a nuestra consideración, y nosotros podemos burlarnos de él. Si yo me burlo alguna vez del lago Lemán, que no tome mis burlas en cuenta la Naturaleza, sino la Literatura. El lago Lemán está lleno de literatura como de un perfume cursi. La literatura y la idiotez brotan de sus aguas como una emanación, mezcladas al perfume de las flores y a la música de las orillas... (P, 119–20).

La misma actitud muestra hacia el glorificado Mont-Blanc, que le parece «una montaña rusa demasiado yanqui», hecha «con el mismo criterio con que están hechos los rascacielos de Chicago» y cuyo único objeto es el de ser la montaña más grande de Europa (P, 117). «El inteligente en Mont-Blanc» (P, 121–2) es una deliciosa caricatura del versado en Mont-Blanc como si de una ciencia se tratase, y también denuncia allí Julio Camba la presencia de mercaderes que trafican con la belleza natural, rematando el párrafo con una ingeniosa agudeza: «Los suizos les sacan el dinero a sus montañas hasta al través de los telescopios. [...] Al lado de los suizos, ¡qué pésimo negociante resulta aquel pobre José María, que quiso explotar Sierra Morena armado de un trabuco!» (P, 122). En pocos viajeros encontramos una tan firme oposición e implacable crítica del pintoresquismo –artístico o paisajístico– como en las página de Julio Camba, según vemos, por ejemplo, en «Los sitios pintorescos»: «¡Siempre el pequeño trozo de prosa destruyendo la divina poesía!». (PE, 203–4).

Este propósito desmitificador, que lleva constantemente aparejado el análisis lúcido y crítico, lo induce a revisar otro de los más socorridos tópicos de la literatura viajera: aquel que establece una antagonía entre automovilismo y naturaleza en lo que se refiere al modo de percibir y gozar de ésta cuando se viaja empleando dicho medio. Tras seña-